

“...DE DÓNDE VIENE LO SUAVE Y LO BUENO...”
(Gustavo Martín Garzo en el ciclo “Presencias literarias en la U.C.A.”)

“Me he preguntado muchas veces, sin encontrar respuesta, de dónde viene lo suave y lo bueno, tampoco hoy lo sé y ya me tengo que marchar”

Con estos versos de Gottfried Benn, que forman parte de *Las historias de Marta y Fernando*, podríamos empezar a hablar de una obra narrativa ciertamente insólita. Insólita no porque compagine la novela extensa, la novela corta y el relato breve; tampoco porque sea dada a la fragmentación, a tirar de los hilos de muchos personajes y seguir los vericuetos de sus muchas vidas; ni siquiera porque consiga ese difícil equilibrio entre la sobria austeridad y la expresividad poética; sino, quizá, porque, muerto *Azorín*, cada vez estamos menos acostumbrados a eso que se llama, sencillamente, delicadeza.

Lo suave y lo bueno están ligados a la verdadera historia de un niño de seis años que descubre los efectos fascinadores de la lectura observando a su madre: una mujer absorta que en medio de la cocina lee románticas historias de “amores desgraciados”. Ese niño, a escondidas, rapta una y otra vez aquello que no era sino un modesto plagio de *Cumbres borrascosas*: quería acceder él también al círculo encantado, pero el dueño de su círculo no estaba destinado a ser *El caballero del brezo* sino Emilio Salgari, que se llevó su imaginación, de una vez por todas, a bordo de la nave de *El capitán Tormenta*. Tenía entonces Gustavo Martín Garzo quince o dieciséis años, y no podía saber hasta qué punto él, el mismo que escribiría un volumen de relatos titulado *El amigo de las mujeres* (1992), el mismo que querría diseccionar el amor en los veintidós cuentos que forman *Los cuadernos del naturalista* (1997), iba a ser fiel a ese mundo imaginativo de pasiones desbordadas presididas por una amorosa presencia que era a la vez una amorosa ausencia femenina. Y es que en verdad sorprende que un escritor, que un hombre, declare que su biblioteca ideal está llena de libros escritos por mujeres (Emily Brónte, Emily Dickinson, Katherine Mansfield, Carson McCullers, Flannery O'Connor e Isak Dinesen), porque en ellos están todos los libros que existen (Conrad, Shakespeare, Kafka, Faulkner, Salinger, Homero, Babel, Proust, Scott Fitzgerald, Stendhal, Rulfo, San Juan de la Cruz, Dante, Holán, Milosz, Cervantes, y *Las mil y una noches*, y los cuentos de hadas): “todo lo decisivo, las preguntas esenciales acerca del hombre y del mundo, del amor y la muerte, el destino y la fatalidad”.

Estas mismas preguntas esenciales son las que viene formulando Martín Garzo desde que en 1986 tomó prestado a Fray Luis de León un título para su primera novela, *Luz no usada* (1986), aunque luego prefiriera no querer acordarse de ella y viniera un silencio de un lustro que se rompió definitivamente en la década de los 90. Tampoco es hoy frecuente que un escritor se conceda tiempo para ofrecerse como escritor, si tenemos en cuenta que este vallisoletano nacido en 1948 pertenece a la segunda promoción de la generación sesentayochista.

Lo que desde 1991 hasta 1999 ha publicado Martín Garzo entra, sin duda alguna, dentro de lo que Ricardo Gullón denominó “novela lírica”: novela de lenguaje cuidado, de

tersura poemática, donde atmósfera y emoción son compatibles con el gusto por contar historias en torno al amor y la imaginación, dos grandes temas que en realidad son una misma piedra filosofal que transmuta la vida insignificante y cotidiana llevándola a una dimensión donde pasión y ternura, sorpresa y costumbre, fatalidad y suerte, tragedia y felicidad siguen hablando aún con el lenguaje de los mitos, las leyendas, los cuentos maravillosos. Rafael Conte, que ha reseñado varias de sus ficciones con un entusiasmo exento de reticencia que no prodiga, dice que Martín Garzo transita por dos senderos sólo aparentemente opuestos: el de un cierto realismo trascendentalista e interior (visible por ejemplo en *Marea oculta*, *El pequeño heredero* o *Las historias de Marta y Fernando*) y el de la apelación a lo mítico y fantástico (caso de *El lenguaje de las fuentes* o *La princesa manca*). Darío Villanueva, por su parte, lo acerca al realismo mágico de estirpe cervantina. Ambos tienen razón, pues la clave de Martín Garzo es la de una imaginación mito-poiética que desfamiliariza y transfigura la realidad dada para hundir las manos, más allá de lo anodino, sórdido y vulgar, y a través también del dolor y del horror, en esa luz no usada que no es otra cosa que lo que hay de suave, que lo que hay de bueno en la condición humana.

La sensibilidad de Martín Garzo, fraguada entre Valladolid y León, se inscribe no casualmente entre estos dos territorios de la imaginación: uno más castellano, realista, como un Delibes pero más abierto a las metamorfosis, y otro más del noroeste, mitómano, como un Alvaro Cunqueiro aunque sin su travieso humorismo de factura popular, o como un Luis Mateo Díez sin el tirón del esperpento. Y es que Martín Garzo cree en el poder que tienen los viejos mitos para dilucidar al animal más extraño que existe, que es el hombre. Así, un mito bíblico, el de los amores del viejo rey David y la hermosa Abisag, la sulamita del *Cantar de los Cantares*, es el que actualiza en *Una tienda junto al agua* (1991), y una figura del Nuevo Testamento, el patriarca San José, es la que protagoniza *El lenguaje de las fuentes*, honda y dolorida historia de un hombre acosado por indescifrables ángeles enemigos que le robaron el amor de su mujer, la proximidad del hijo, para dejarle solo al filo de la muerte frente a un último ángel, misterio del sentido de su vida. Tiene *El lenguaje de las fuentes* algo que lo aproxima al Saramago de *El Evangelio según Jesucristo* (1991), en cuanto que ambos vuelven a la Biblia con ojos que le devuelven la necesaria humanidad que necesita todo libro sagrado. Ojos como los de Renán, como los de Unamuno, como los del Valle-Inclán de *Flor de santidad*. Porque no hay verdadera espiritualidad sin auténtica herejía, tal vez Por eso no extraña que un humanista como Octavio Paz llegara a confesar que le hubiera gustado a él haber escrito esta corta novela que no en vano recibió el Premio Nacional de Narrativa en 1994.

Y de la Biblia a los cuentos maravillosos, con un aire entre *Las mil y una noches* y los cuentos de H. C. Andersen: aquí se sitúa *La princesa manca* (1995), relato de relatos de un leñador huérfano a quien el capricho de un destino bajo el barroquísimo nombre de Arcimboldo hizo depositario de un cofre que contenía una pequeña mano cortada pero viva, una mano cariñosa, una manita amiga, que le llevó de un bosque a otro bosque, de una vida a otras vidas, para solucionar el difícil entuerto de un príncipe que vivía desde la infancia moribundo con el corazón traspasado por una flecha, y una princesa manca a quien una promesa no cumplida desdobló.

Y de los cuentos maravillosos a la ciencia ficción en *Ña y Bel*, increíble triángulo amoroso de dos mujeres y un extraterrestre que en realidad no era más que una curiosa y sensible sustancia. Y de la ciencia ficción a un Dante revisitado en *La vida nueva*, revelación de una, de miles de historias de loco amor en la posguerra. Y de Dante a los clásicos en *El pequeño heredero* (1997), pasión de un Dafnis de seis años por una Cloé adolescente que se entrecruza con una nueva visión de Hipomenes y Atalanta, entre otras cosas. La cotidianidad, en cambio, se abre paso en *Las historias de Marta y Femando*, historia de lo que aparentemente no debería tener historia, novela de la felicidad conyugal más allá de la diferencia social que podríamos leer junto a, y en parte en contra de, *El metro de platino iridiado* (1991), de Alvaro Pombo.

Dice Martín Garzo que donde de verdad se pone a prueba un libro es en el mundo real. Es absolutamente cierto, aunque tanto nos cueste convencer de ello a los alumnos. Los míos se ríen si les digo que una de las razones de peso en mi decisión de tener perro fueron las consideraciones perrunas de Unamuno. Y quizá Martín Garzo no se crea que cuando mi hija, en la súbita iluminación terrorista de sus catorce años, sabotó mi ordenador irremediablemente, yo alcancé a recordar, más allá de mi doble rencor de madre y filóloga ultrajadísima, precisamente esto: “Siempre que se vivía de verdad había que dar algo a cambio. Pagar con un trozo, o una parte de uno mismo, entregar lo que más se apreciaba. (...). Para restablecer el equilibrio del mundo. (...) Una forma (...) de luchar contra el capitalismo del yo”. Es una idea vieja como el mundo, sí, pero yo la tenía fresca por *Las historias de Marta y Femando*, y me la apliqué estoicamente, a modo de consuelo, con toda impropiedad.

El secreto de Gustavo Martín Garzo podría cifrarse en un aforismo de Lezama Lima que puso nombre a una revista vallisoletana que entre 1987 y 1990 él codirigió, junto con los poetas Miguel Suárez y Carlos Ortega. La revista se llamaba *Un ángel más*, y el aforismo es éste: “Mientras el hormiguero se agita -realidad, arte social, arte puro, pueblo, marfil y torre-, pregunta, responde, el Perugino se nos acerca silenciosamente y nos da la mejor solución: “Prepara la sopa mientras voy a pintar “un ángel más””. No deja de ser curioso que, en plena sopa de la posmodernidad, venga este Gustavo Martín Garzo a preguntarse, a preguntarnos, con sus oscuras y luminosas historias de amor, de dónde viene lo suave y lo bueno. Como si él -Gabriel, Miguel, Rafael, Luzbel- no lo supiera, aunque tampoco él lo pueda explicar.

ANA-SOFÍA PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER
Universidad de Cádiz